

## La ortografía, control social de adultos y Coco de niños.

*Entrevista al doctor Raúl Ávila\**  
por Marta Durán de Huerta

Julio Cortázar, en *Rayuela* (capítulo 69) nos da una trágica noticia: “Ingrata sorpresa fue leer en Ortográfiko la notisia de aber fayesido [...] en San Luis Potosí el teniente koronel Adolfo Ábila Sanhes [...] pensador, eskribió bastante en periódikos i dejó algunas obras inéditas [...] linguista, era mui afekto a tradusir sus propias produksiones al inglés, esperanto i otros idiomas”.

Sin proponérselo Cortázar nos da un perfil de nuestro entrevistado, homónimo del Koronel. A lo único que no le atinó es que nuestro doctor Ávila nunca ha estado en la milicia ni se ha muerto. En todo lo demás coincide con el *curriculum* de don Raúl Ávila, quien —lo más curioso de todo— tiene una posición muy crítica respecto a las reglas actuales de ortografía. Su proposición de simplificarlas coincide al pie de la letra con la manera en que escribe Cortázar su capítulo 69. El doctor Ávila, investigador de El Colegio de México, me recibió en su oficina con una frase fulminante: “La ortografía es un medio de control social”.

*¡Ah chirrión! —pensé para mis adentros. El lingüista explicó:*

Cuando tú le dices a alguien: “No se dice *juites* sino fuiste”, ejerces un control social. *Tú tienes que ser como yo y hablar como yo, si no, no te acepto en mi grupo.* Al igual que en el caso de la diferencias de pronunciación, el error ortográfico permite la afirmación de la gente que lo detecta. Si yo escribo *estava* con ve chica y *estube* con be grande —que muestra el absurdo de la regla— y lo ve alguien, le daría vergüenza ajena, pero ejercería el poder. Toda persona que ejerce el poder se siente bien consigo misma pensando: “Yo tengo razón y él no”. En el caso de la ortografía no hay discusión posible como la puede haber en la moda. Se ejerce el poder y el control social radica en que alguien diga: “A usted no le doy el trabajo porque usted no conoce las reglas de la ortografía”. Se ejerce el control social porque quizá se inhibe la capacidad de redactar. Si yo fuera un preso político, escribiría lo que tengo que escribir con la mayor claridad posible y se lo mandaría a Amnistía Internacional, organización a la que, supongo, no le importaría la ortografía. Lo que realmente importa es lo que se tiene que decir y la calidad de la redacción. La ortografía actual se fijó a mediados del siglo XIX. Antes de esa fecha —incluidos los Siglos de Oro de la literatura española— los grandes escritores usaban una ortografía caótica, que variaba mucho. Eso no fue un obstáculo para que se volvieran clásicos. Esto muestra que primero hay que considerar la calidad del texto.

*¿Es irrelevante la ortografía?*

No lo es. Lo que quiero decir es que no debe ponerse en primer lugar. El alfabeto ortográfico, invento de los fenicios, al que los griegos enriquecieron con las vocales, permitió estabilizar las lenguas. También se facilitó la alfabetización, la lectura y la escritura. La ortografía, basada en el principio de que debe haber un sonido para cada letra,

fija la pronunciación de las lenguas y les da estabilidad, las vuelve lenguas estándar. Esto no sucede con los ideogramas y los jeroglifos. Del siglo XV en adelante, en buena medida gracias a la imprenta que inventó Gutenberg, prácticamente las lenguas europeas no variaron, por eso el español de entonces se puede entender ahora. La imprenta democratizó el conocimiento y fue un factor muy importante para la Reforma protestante que encabezó Lutero en el siglo XVI, pues se logró en buena medida por la difusión y lectura de la Biblia, que antes estuvo confinada en los monasterios.

La ortografía del español se fijó en el siglo XIX. Como se puede leer en el prólogo de la *Ortografía de la lengua española* de la Real Academia Española, última edición, de 1999, algunos profesores madrileños de primaria, en 1843, quisieron simplificar la ortografía y suprimieron la *h*, la *v* y la *q*, entre otras. Como habían empezado a aplicar estas nuevas reglas en las escuelas, preocuparon a la Academia, la que solicitó la inmediata oficialización de sus complicadas reglas.

En pocas palabras, unos reformadores —con los cuales estoy de acuerdo— causaron que la Academia impusiera su criterio conservador, basado en la etimología de las palabras. De acuerdo con el prólogo citado, esa fue la razón por la cual la Academia no siguió las ideas del americano Andrés Bello, quien proponía reformas semejantes a las de 1843 de los maestros madrileños, e insistía en mantener el principio de un sonido para cada letra.

Hay un Umberto que hace Eco sin necesidad de la hache, que en italiano no se usa, salvo para algunas formas del verbo *avere*. Mi proposición es muy semejante a la de Cortázar, excepto que yo mantengo la *zeta* e incluyo el sonido *sh* como el de la equis de *mixiote*, *ixtle*, *Xola*; o como el de *sherif*, *shampú*, *show*. Esto conviene a todos, pues se evitaría que, por el fetichismo de la letra, algunos locutores digan “ikstapa”, “tukspan” o “akokspa”, cuando en náhuatl no existió ni existe la combinación “ks”. La pronunciación original es con *sh*: “ishtapa”... Si se prefiere, se pueden pronunciar esas palabras con *s*: “istapa”, pero nunca con *ks*.

*¿La ortografía es importante, por ejemplo, para las etimologías?*

No. Andrés Bello decía que mantener unas letras por amor a las etimologías le parecía tan absurdo como querer mantener escombros de un edificio viejo dentro del nuevo para acordarnos de cómo era el viejo; tan absurdo como querer recordar dentro de veinte siglos cómo habló supuestamente un pueblo que existió hace cuarenta como los romanos. Además no todas las etimologías estaban resueltas, algunas palabras del mismo origen llevan hache en español y en portugués no. El criterio etimológico es a veces inconsistente. Por cierto, no lo siguen los italianos que son los herederos directos del latín. Las etimologías son importantes para los filólogos, que somos una absoluta minoría de la humanidad. Decía un académico español, a propósito de la ortografía, que si todo un pueblo pone su mayor empeño en obedecer la ley y no lo consigue, se infiere que lo que está mal es la ley, y no el pueblo. Lo más importante, repito, es la calidad de la redacción. Los maestros de primaria franceses envidian a los italianos pues estos últimos hacen sus ejercicios de redacción y los chiquitos después se van a jugar, a ver la tele, pero los franceses tienen que quedarse horas y horas más a trabajar la ortografía. Yo propongo una simplificación, pero no por eso sugiero que cada persona escriba como habla. No, eso no. Estoy proponiendo que, como

hasta ahora, se siga transcribiendo la norma culta, pero con una ortografía simplificada. Un caribeño puede decir *calne* o *lah etreya* pero tendrá que escribir carne y las estrellas, pues así se mantiene la unidad de la lengua. Lo que propongo es que en vez de escribir *ahora*, *vaca*, *pingüino*, *dirigir*, se escriba, de manera más sencilla, *aora*,  *Baca*, *pinguino*, *dirijir*. Además, yo mantendría la *zeta*, para no excluir a la minoría castellana, pero sólo la *zeta*, por eso escribiría *kruz*, *kruzes*, *kruzifijo*, etcétera. Y que no me digan —como dijo un académico español— que la *k* es extranjera, porque es griega, y está en nuestras tradiciones. Tal vez no nos guste por falta de costumbre, pero los niños claro que la aceptarían, en vez de usar *c* antes de *a*, *o*, *u* y *qu* antes de *e*, *i*. Son reglas tan sencillas que cuando los niños aprenden a escribir las siguen sin querer; con excepción de la *zeta* en el caso de los niños que no son castellanos. A los adultos que no quieran cambiar su vieja ortografía, yo les regalaría un programa de cómputo para que con sólo oprimir una tecla, la computadora les cambie su texto. De esta manera, en lugar de usar un programa reaccionario de corrección ortográfica, usarían uno revolucionario que suprime las haches y cambia la *v* por la *b*, etcétera. Un programa que, sin duda, merecería el aplauso de Cortázar. El tema es apasionante y produce muchas polémicas cuando lo expongo. Por supuesto, sé bien que la mayoría de los maestros de primaria estarían de acuerdo. Por lo menos eso salió en una encuesta “de salida de conferencia” que hicimos. Resulta que la ortografía es una especie de mito. En las escuelas se tiene la idea de que el niño, al terminar la primaria, ya no debe tener problemas ortográficos.

Nuestras investigaciones muestran que el principal problema ortográfico es la *hache*, y luego las letras *be* y *ve*. El problema es mayor en el campo que en las ciudades, y hay más errores o *lapsogramas* —como prefiero decirles— en los estratos bajos que en los altos, y en los niños que en las niñas. Y si me permites, habría que ser ambiciosos: soñar que en las nuevas generaciones haya muchos escritores y que las secretarías o los programas de cómputo que corrigen la ortografía se vuelvan inútiles y que los maestros no justifiquen su tiempo enseñando ortografía sino redacción.

## Notas

\*Esta entrevista fue publicada originalmente en el *Boletín del Colegio de Estudios Latinoamericanos*, Facultad de Filosofía y Letras, núm. 11, feb-abr 2005, pp. 12-13.